



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11082

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 13 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente rue-Ouverture
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES
ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

Dirigido de los señores D. Adrián Riestra, comandante de Artillería y Doctor
en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la mis-
ma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puer-
tos y Canales

El curso empieza el 1.^o de Octubre.

15, Balcones Azules, 15

CAMINO TRISTE

Los telegramas que se reciben
de Cuba anuncian que ha comenzado
el regreso.

¿Qué diferencia entre ese viaje
y el de ida! Se ansiaba entonces
llegar para ocupar puesto de ho-
nor; y si se pensaba alguna vez
en la vuelta, se pensaba también
en el recibimiento entusiasta, en
las coronas de flores, en los ramos
de laurel, en los agasajos y en los
vivas.

La suerte no lo ha querido; la
fuerza bruta aplastó nuestro dere-
cho y los que pensaron volver
triunfantes vuelven vencidos, pe-
ro cargados de razón.

¿Vencidos? No es esa la palabra,
no hay vencimiento donde no hay
lucha y la casi totalidad de los
españoles no ha peleado con los
yanquis. Lo que hay es que el pa-
leque estaba cerrado, circuido de
agua, aislado del mundo por cin-
turón de hierro formado por ca-
dena de buques que impedía el
acceso de municiones y viveres
é interrumpía las comunicaciones.

Los primeros que abandonan la
isla vienen ya. Vienen luchando
aun, no contra los mambises que
han sido su pesadilla de tres años,
ni contra los hijos del tío Sam á
quienes no han visto nunca, sino
contra enemigo más artero, más
cruel y más traidor: contra las en-
fermedades.

Los primeros buques de la re-

patración no son barcos carga-
dos de tropas como aquéllos que
salían de España produciendo ex-
plosiones de entusiasmo; son hos-
pitales que las olas mecen y que
dejan caer, de vez en cuando, en el
fondo del mar, ahora un cadaver y
luego otro.

Cuando esos buques lleguen á
España debe salir á recibirlos el
alma nacional. Ella despidió á los
soldados frenética de júbilo y ella
debe recibirlos caritativa y cari-
ñosa, prodigándoles toda clase de
consuelos y de auxilios.

¿Vuelven vencidos? ¡Pero vuel-
ven héroes! Mas aun: vuelven mar-
tires y los que sufren el martirio
adquieren el derecho á ser glorifi-
cados. El amor y el deber los arro-
jó en la lucha y por amor y por
deber ha de acogerseles con ex-
tremado cariño, con lujo de aten-
ciones.

Perdidos en la soledad del mar
tenebroso que fué testigo de las
angustias de Colon, navegan unos
pobres barcos en demanda de las
nativas playas. Cobijales la bande-
ra orgullosa de Bailén y de Le-
panto; besan sus quillas las hir-
vientes olas que parecen amansa-
das por el Atlántico para restar
sufrimientos á los soldados: acom-
pañales el pensamiento cariñoso
de las madres y les espera en el
puerto la santa Caridad para cum-
plir su hermosa misión.

Camino triste el que siguen esos
barcos. Tendido entre posesiones
españolas, circulaba por él la vida
nacional como circula por la ar-

teria la sangre que va del corazón
á las extremidades. Amputadas és-
tas, la sangre se repliega á las en-
trañas. Por eso vienen los solda-
dados, primero los que padecen
enfermedades, después los que aun
conservan un resto de salud. Mu-
rieron las colonias para España y
la sangre española refluye al co-
razón.

Triste viaje el que hacen los sol-
dados por ese camino que hace
cuatro centurias nos llevó á descu-
brir un nuevo mundo, del cual na-
da nos queda.

TIJERETAZOS

Nuestro colega de La Unión «El Re-
nacimiento», se ocupa de los va-
les.

¿Qué, vuelven á circular los antipa-
ticos é inmorales papelitós?

Pues apretar de firme, compañero,
hasta lograr que no encuentren los va-
les quien les valga.

Valor se necesita para dar va-
les después de lo pasado.

Ya no hay clases.

Los autores invaden el anillo y los
diestros se meten por el campo de la
literatura y asaltan los escenarios.

El picador «Momento» vá á estrenar
una zarzuela, cuya música será de Maz-
santini.

De protagonista de la obra, hará Ba-
dila.

Y es probable que las mujillas ten-
gan también que desempeñar algún pa-
pel.

El de arrastrar al foso la zarzuela.

¡Lo que ingenia la falta de recursos!

Se ha presentado á las autoridades
de Madrid un individuo, vallesolano
él y ha dicho:

—He matado en mi pueblo á marti-
llazos á un herrero, compañero mío, y
he perdido la tranquilidad. Estoy aco-
sado por los remordimientos y deseo
que ustedes me detengan.

Las autoridades se quedaron horri-
zadas al ver la serenidad del tío y lo
enviaron á la cárcel.

Después se pusieron en campaña pa-
ra reconstituir el crimen.

Y resultó de todo ello que el homici-
da no había matado á nadie, que no
tenía un cuarto, que necesitaba ir á Va-
lledolid y que se fingió asesino para
que lo llevaran por cuenta del Estado.

¡Valiente punto está el vallesolano
del martillo!

¡Cuántos habrá por ahí que harían lo
mismo si no les faltara ingenio!

GLORIAS NACIONALES

Sorpresa y recuperación de
Herenthala.

13 de Octubre de 1595.

Valléndose de un ardid tan hábil co-
mo andas en la madrugada del 12 de
Octubre de 1595 la guarnición holandesa
de la plaza de Breda consiguió sorpren-
der á las tropas españolas que defen-
dian á Herenthala, y no obstante que
estas pelearon con heroico arrojo en las
calles y edificios, disputando á los ho-
landeses la victoria con heroísmo ray-
no en locura, se retiraron abrumadas
por el número, cediendo el terreno pal-
mo á palmo, y no sin dejar tendidos so-
bre él numerosos muertos y heridos de
uno y otro bando.

Los holandeses, tan luego se vieron
dueños de la plaza, se entregaron al sa-
queo y al pillaje, y aprovechado de esto el
gobernador de Herenthala D. Alonso de
Luna, que había conseguido hacerse
fuerte en la puerta de Amberes, mandó
á buscar á las tropas dispersas y á los
destacamentos de los puestos inmediatos,
y con la gente que pudo reunir sa-
yó sobre el entretenido enemigo, al cual
sorprendió en su faena de saqueo; y tal
fué la rapidez y la bravura con que los
españoles le atacaron, que al cabo de
poco tiempo no quedó en la plaza ni un
solo holandés con vida, pues el que no
pudo huir pereció á manos de los nues-
tros, que en aquella ocasión dieron
pruebas sobradas de ser dignos del re-
nombre universal que gozaban.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

AVENTURAS del Emperador de Alemania

Un berlinés que ha seguido como aflo-
nado las últimas maniobras del Ejército
alemán, refiere la historietita siguiente
de un diario prusiano:

El 7.^o cuerpo vivaqueaba entre Oyn-
hausen y Bergkirchen.

A la entrada de la segunda de dichas
poblaciones, que está situada sobre una
eminencia, hay una tienda de comesti-
bles, desde cuyos miradores se domina
todo el terreno.

El día de maniobras, entre tres ó
cuatro de la madrugada, los dueños de
la tienda y de la casa á que nos referi-
mos vieron turbado su sueño por un re-
piqueo infernal de la campanilla, el
cual alternaba con bruscos golpes da-
dos á la puerta de la calle.

Levantóse el tendero maldecido del
importante que así llamaba, y preguntó
desde el interior.

—¿Qué quiere usted á estas horas?

—Permitame V., entrar—repuso una
voz entre cortés é impetuosa: vá á ma-
nibrar el séptimo cuerpo de ejército y
desearia contemplar el espectáculo del
de el mirador de la casa.

La respuesta del comendante fué tan
seca como rápida.

Al propio tiempo se acostaba á una
de las ventanas su mujer, la cual co-
menzó desde allí toda clase de denue-
tos al árida visitante.

Los westfalinos no pasan en Alema-
nia por muy corteses.

El matrimonio de Bergkirchen conta-
vo dignamente la fama de sus compa-
triotas.

Pero el que tan inoportunamente ha-
bía interrumpido el sueño de los pacífi-
cos tenderos no se dio por vencido, sino
que volvió á pedir que le abriesen, em-
pleando esta vez un tono de mando que
hizo vacilar al dueño de la casa.

—Será algún oficial del séptimo cuer-
po, se dijo.

Y apareciendo en el umbral, don la
puerta entreabierta, preguntó tímidamente:

—¿Quién es V.?

—Guillermo.

—Eso no es contestar. Hay infinitud
de Guillelmos en Westfalia.

—Pero ante todo, señora, dijo aturrido Mr. de la
Chaumiere, porque no sabía adonde iba á parar
Asucena: ¿os habéis hecho daño?

—No; pasó ya: os agradezco vuestro cuidado por
mí, y me alegro de la ocasión que me habéis pro-
curado, siguiéndome, de suplicaros que si algo veis
en mí que os llame gravemente la atención, seáis
mas prudente.

—No sé cómo interpretar, señora, vuestra última
palabra.

Asucena miró á derecha é izquierda para ver si
había alguien en la galería: estaba desierta.

—Mr. de la Chaumiere, le dijo: yo necesito los
servicios de un hombre inteligente y leal: desde que
os vi, porque me hizo reparar en vos la insistencia
de vuestra mirada, me pareció que podía disponer
de vos de una manera completa.

—¡Ah, señora! no sé cómo explicaros el placer
que me causa el que vos hayáis pensado en mí para
utilizarme de cualquier modo: ¿sabéis quién soy yo,
señora?

—Sí; pero adiós: ved de qué manera entráis esta
noche en el patinillo adonde dan las rejas del piso
bajo del cuarto de la princesa; á ese patio dan tam-
bien las rejas del mio; estad allí á las doce.

—¿Y qué puedo esperar, señora?

—Esperad cuanto queráis esperar: sois dueño de
esperar mucho y de estar esperando eternamente:
no falseis, Mr. de la Chaumiere.

Y Asucena escapó tan ligera como si no hubiera
torcido un plé, y se metió en su cuarto.

IV

Mr. de la Chaumiere se quedó inmóvil, anonado
de una aventura que no sabía si debía explicársela
favorable ó adversamente.

—¿Tendrá alguna historia entre manos? ¿habrá
comprendido que me domina y querrá valerse de
mí? dijo Mr. de la Chaumiere: esa mujer es impene-
trable: bien, luchemos; peor que estoy no he de es-
tario, y mas vale salir de dudas que padecer con la
ansiedad de una esperanza cuyo óbolo no se vé
claro.

Y Mr. de la Chaumiere se volvió, salió de la gale-
ría, entró en la antecámara de la reina, y dijo á la
princesa de Tilly:

—Se la ha torcido un plé, y por consecuencia de
esto....

—¿Estábais cerca, al sostenerla la habreis abra-
zado y no habéis sido rechazado?

—¡Oh, princesa! nada de eso; pero dentro de ocho

su alteza no haya venido á buscarme don Juan:
porque si fuera verdad lo de la herida, no estaría
tan tranquila su alteza.

—Ya sabes, pues has vivido mucho tiempo en
palacio, que no hay que fiar mucho en las caras
palaciegas: cabalmente á causa de don Juan de San-
tivanhes, y por no estar éste en Madrid, necesito de
todo punto entrar esta noche en el patinillo adonde
dan las rejas bajas del cuarto de la princesa.

—Esto acabará por traerme un serio disgusto: yo
no soy conserje de la planta baja del alcázar para
exponerme á cada paso á que el alcalde se aperceba
de algo y me pongan en la calle, ó lo que es peor,
en algún sitio oscuro: su alteza tiene cosas que á la
verdad, no gustarian mucho á su majestad si las
supiera; en palacio se sabe todo, y francamente, se-
ñor Prevoux de la Chaumiere, tengo miedo de que
estos descubrimientos me salgan caros.

—Me habéis olvidado de que contigo valen mu-
cho más los hechos que las palabras, dijo Mr. de la
Chaumiere, sacando de un largo bolsillo verde dos
dobloones de á ocho y poniéndolos sobre la mesa.

—Es el caso, dijo el conserje, que no sé por don-
de anda la llave de la puerta del patinillo; cómo que
el tal patinillo, desde que su alteza se fué á Francia
no sirve para nada.